

UN MALDITO EMBROLLO

Un maledetto imbroglio

Pietro Germi, 1959

En tan sólo una semana, se han cometido dos delitos en un mismo edificio del centro de Roma: el robo a un homosexual y el asesinato de una mujer. El comisario Ingravallo está convencido de que entre ambos sucesos hay un nexo, pero las coartadas de los sospechosos no le permiten avanzar en la investigación. La doble vida de los allegados a la mujer, lo impulsa a escarbar en sus actividades.

ARGUMENTO

Una plaza, una fuente

La cámara retrocede para atravesar un portal. Siempre de espaldas, alcanza el patio interior de una casa de gente acomodada. La serenidad del viejo edificio se ve sobresaltada por un disparo. Un joven corre escaleras abajo perseguido por los gritos de ¡Al ladrón! proferidos por un hombre de unos setenta años que dispara contra el techo, recibiendo en la cabeza el impacto de un trozo de escayola. Los vecinos tratan de socorrer a la víctima del robo, el señor Anzaloni, pero él sólo quiere que lo dejen en paz.

Llega la policía

En el domicilio de Anzaloni, el comisario Ingravallo interroga a la víctima del robo, pese a que éste prefiere no denunciar el atraco de que ha sido objeto. También es interrogado el hombre de la pistola, que se identifica como un general. Y Liliana Banducci, la vecina de al lado. Y Assuntina, su criada. Las sospechas recaen sobre Diomede, el novio de Assuntina, que es detenido. Anzaloni no identifica al joven, pero aun así, Ingravallo ordena que la pareja sea puesta entre rejas. Diomede, que insiste en su inocencia, pide hablar a solas con el comisario.

El sospechoso tiene coartada

Diomede tiene coartada, porque ha estado con una mujer americana toda la noche, pero no quiere que lo sepa Assuntina, con la que va a casarse. Llevada a comisaría, la americana niega su relación con Diomede. Ingravallo descubre que miente y deja en libertad al chico. También a Assuntina, no sin antes aconsejarla de un modo paternal que deje a su novio. Anzaloni pide al comisario que no se dé más importancia al asunto. Los policías le siguen hasta un bar repleto de chicos jóvenes y comprenden su reticencia: es homosexual. Ingravallo le cita para que haga un reconocimiento entre decenas de jóvenes.

Liliana

En comisaría, una mujer que sufre maltrato de un modo habitual pide que no encierren a su marido porque en el fondo no es tan malo. Anzaloni no se

presenta y los jóvenes retenidos alborotan. El sargento Saro, ayudante de Ingravallo, no duda en lanzarse sobre ellos. Ingravallo va a casa de Anzaloni, al que encuentra en cama, descompuesto porque el caso ha salido en los periódicos. Anzaloni amenaza con suicidarse. El comisario lo deja en paz por el momento. También quiere disculparse ante Assuntina, pero en casa de los Banducci sólo está la señora, Liliana, una mujer solitaria y triste por no haber podido ser madre. Ingravallo, sentimental, se enternece ante la soledad de esta mujer, cuyo marido siempre está de viaje.

El crimen

Afuera llueve. Un hombre con gabardina y paraguas llega a casa de Liliana. Encuentra la puerta abierta y a la mujer en el suelo, asesinada. En el aparador hay un sobre para Valdarena. El recién llegado lo guarda en el bolsillo de su gabardina. Luego, llama a la policía. Ingravallo se las ingenia para que el hombre se quite la chaqueta y la entregue a uno de sus ayudantes. Unos gritos avisan de la llegada de Assuntina, que se ha desmayado al cruzarse con el cadáver. Assuntina se va al pueblo, con su madre. Antes le da a Ingravallo la llave de la casa.

Valdarena

El hombre de la gabardina es interrogado. Se llama Valdarena, estudia medicina y es primo de Liliana, que lo ayudaba económicamente. El sobre contenía parte de esa ayuda. A Saro, que es calvo, Valdarena le parece culpable porque tiene mucho pelo. Mientras Saro avasalla una vez más a Anzaloni, Ingravallo hace lo propio con Valdarena.

El marido

Remo Banducci, marido de Liliana, regresa a Roma y acude a identificar el cadáver, ante el cual se desmaya. Los policías revisan una filmación del entierro. El sacerdote de Liliana informa de que la fallecida había cambiado su testamento una semana antes. Al no tener la fallecida su propia familia, acogía criadas jóvenes, les hacía el ajuar, les buscaba un marido y las casaba: «Su afición a las criadas tenía algo de enfermizo, de antinatural diría». En cuanto a Remo Banducci, el cura opina que «un matrimonio sin hijos es como una sopa olvidada en la despensa: se vuelve agria. Además, al señor Banducci no recuerdo haberlo visto nunca en misa, y eso cuenta mucho».

Ingravallo interroga a Banducci

Recordando el robo en casa de Anzaloni, expone: «Es difícil imaginar una relación entre los dos hechos, pero también es difícil imaginar que no haya ninguna. Dos bombas no caen nunca en el mismo punto, se dice, pero esta vez sí que han caído». Ingravallo pregunta a Banducci por qué Liliana y él tenían dormitorios separados. «Desde el segundo aborto, hace unos cuatro años, entre nosotros sólo había afecto, una tierna amistad». Naturalmente, en esos años, él, siempre viajando de aquí para allá, en fin, somos hombres. Antes de despedir a Banducci, el policía le pregunta por el testamento de Liliana, “lo hizo, y lo rehizo una semana antes de morir”, provocando el nerviosismo del viudo. Dos agentes siguen a Banducci hasta su domicilio, donde recibe una llamada telefónica. Es una voz femenina que le llama Remo. Él cuelga.

El testamento

Lectura del testamento en la notaría. Assuntina y otras dos mujeres reciben un millón de liras cada una. Valdarena, un piso en usufructo y cinco millones, disponibles el día en que acabe la carrera. El resto, pasa a manos del párroco para un instituto de niñas. Banducci se levanta indignado: «¡Es absurdo! Se trata de sesenta millones. Es evidente que la voluntad de mi mujer ha sido coaccionada».

Una rubia misteriosa

Al llegar la noche, Banducci va a su casa, pero la presencia de una joven rubia frente al portal hace que se marche a un hotel.

Detención del ladrón

Ingravallo y su ayudante visitan a Valdarena, que trabaja en una clínica de rayos ultravioleta abierta con el nombre de un médico titulado. Saro reconoce a su cliente, una prostituta llamada Camilla. Banducci retira tres millones de su cuenta. Mientras los policías especulan, Saro silba el tema del "tercer hombre". Los carabinieri encuentran en poder de Camilla un anillo sustraído a Anzaloni. La chica declara que el anillo se lo ha regalado su novio, un corredor de marcha llamado Enea Retalli. Enea es identificado por Anzaloni como el ladrón de su domicilio y detenido en plena competición. Su declaración conduce a la detención de otros dos cómplices: el Carnicero, que vive en una chabola, y el Patata, un cantante del Trastevere.

La agenda

Ingravallo va al hotel donde se hospeda Banducci y le pide que lo acompañe al domicilio del crimen, donde constata que el viudo no abre las ventanas ni coge el teléfono, signos de que teme revelar su presencia. El comisario confina al sospechoso en la casa y va a registrar sus cosas en la habitación del hotel, encontrando una agenda. Luego, vuelve a interrogar a Banducci sobre sus movimientos los días anteriores al crimen, recapitulando: «La muerte fue el 8; el 7 estuvo en Lugano; el 5 y el 6 dice que estuvo en el casino de Venecia». Banducci lo admite, pero niega tener una amante. Ingravallo le pide que vaya a la comisaría a la mañana siguiente.

El cottage

Uno de los números de teléfono anotados en la agenda incautada no corresponde a ningún conocido de Banducci. Mirando el cuentakilómetros del coche, Ingravallo intuye que ese número podría ser un control kilométrico y ordena comprobar si Banducci ha alquilado un coche. En efecto, Banducci alquilaba un coche cada fin de semana y hacía 150 kms. Con este dato, Ingravallo va a parar exactamente al cottage donde Banducci se veía con una chica. El dueño del cottage recuerda a los amantes: «Han venido algún domingo». También le suena la cara del comisario [indicio de que Ingravallo ha llevado allí a su chica, coincidencia que le ha llevado a establecer la asociación distancia-amante]. Luego, regresa a Roma y va a ver a Banducci, que no abre la puerta. Ingravallo hace uso de la llave de Assuntina y comprueba que el sospechoso ha salido aprovechando un descuido del vigilante.

Ingravallo abre la puerta, no sin cierta dificultad, usando la llave de Asuntina. En un armario encuentran varios retratos de Banducci uniformado como oficial fascista. La policía ordena su búsqueda, distribuyendo copias de esas fotografías.

La confesión

El párroco llama a Ingravallo: Banducci está con él y quiere sincerarse. Ésta es su confesión: «Ya no me acuerdo de cómo era Virginia cuando vino a nuestra casa a servir. Apenas tendría quince años, era sólo una niña. Mi mujer tenía la costumbre de acoger a muchachas adolescentes en casa. Virginia había estado con las monjas hasta entonces. Unos meses después, mi mujer se fue de veraneo y se la llevó con ella. Un día, vuelvo a casa y... [Imágenes retrospectivas] La vi a ella, a Virginia. Mi mujer la había mandado antes para recoger un poco la casa. Llevaba una bata de mi mujer, su carmín, su perfume. En esos tres meses se había transformado. Era toda una mujer [Banducci la poseyó]. Desde aquel día empezó para mí el infierno. Se atrevía a rozarme con caricias furtivas en la mesa, delante de mi mujer. A veces me la encontraba en el pasillo, con mi mujer en la habitación de al lado, en cualquier momento podía aparecer. Estaba como loca, se me tiraba al cuello olvidando la prudencia y el pudor. Una noche vino a mi habitación y se acercó a mi cama donde estaba Liliana durmiendo. Yo estaba aterrorizado. Ella, sin mediar palabra, se inclinó hacia mí y quiso que la besase». Ingravallo: «¿Fue entonces cuando decidió dividir la habitación?» Banducci: «No, después, cuando mi mujer nos descubrió. Empezaron a llegarle algunas cartas anónimas: Tu marido ama a otra más joven que tú, ¿por qué no te vas?, ¿por qué no desapareces?».

Además de enviar anónimos a Liliana denunciando el adulterio de su marido, Virginia ponía velones a la Virgen para que Liliana muriera. «Liliana sufría en silencio. Una noche, a finales de octubre, me levanté muy despacio y fui al cuarto de Virginia decidido a zanjarlo todo. Te estaba esperando, me dijo. Me entró una especie de vértigo. Y, de pronto, se abrió la puerta y apareció Liliana. Traté de detenerla, de explicarle, pero ella ya se había encerrado en su habitación.»

Ingravallo interrumpe el relato para puntualizar: «Esto ocurrió a primeros de octubre y el testamento fue modificado el 6 del mismo mes». Banducci continúa con el relato: al día siguiente, llevó a la chica a una casa de citas, donde lo conocían bien, «cosas de juventud», dice. Incapaz de cortar la relación, cada domingo la llevaba a Verbania (al cottage descubierto por Ingravallo), hasta que un día la chica dijo que iba a tener un hijo. Banducci la llevó a Valdarena. El embarazo era una comedia. Entonces, Banducci decidió dejarla, y la chica intentó suicidarse, cortándose las venas. De nuevo fue llevada a la clínica de Valdarena. Por suerte, era sólo un rasguño. Ingravallo: «Pero Valdarena sabía demasiadas cosas y usted decidió hacerle callar con tres millones». Esa noche, Virginia amenazó con matar al matrimonio y luego matarse ella.

La clave

Tras la confesión de Banducci, los policías lo llevan a la casa de citas donde vive Virginia, en cuya cama encuentran a Valdarena. Banducci intenta agredirle, pero Ingravallo sofoca el altercado repartiéndole bofetadas a uno y otro. La chica admite haber enviado un anónimo a la comisaría acusando a Banducci de haber matado a su mujer. De vuelta al despacho, Ingravallo cierra el caso. Sin

embargo, al archivar las pruebas, ve que una de las llaves de la casa de los Banducci es nueva. Entonces lo comprende todo.

Detención del criminal

Ingravallo se presenta en el pueblo donde está Assuntina, que al verlo trata de escapar. Ingravallo: «¿De quién fue la idea, tuya o suya? Le diste la llave y él hizo una copia, elegisteis el día justo, contigo fuera por lo de los anillos de boda. La señora había salido y todo hacía pensar que volvería tarde. A una semana del robo en casa de ese tipo, Diomede había salido limpio y ¡quién podía pensar en él! Entonces le diste la llave, pero él se confundió al devolvértela y te dio ésta, la nueva. -¡No es verdad! ¡Yo quería a la señora como a una hermana! -Tú no querías que muriese, pero salió mal. Ella volvió demasiado pronto y él la mató». Diomede aparece en la puerta. Al ver al comisario echa a correr, pero es detenido.

La confesión de Diomede

«Assuntina no sabía nada. Yo hice la copia de la llave que le había cogido del bolso. [Imágenes retrospectivas: Diomede entra en la casa. Mientras registra los cajones, llega Liliana, que grita al verlo. Forcejean y él le clava el destornillador en el pecho, huyendo]. ¿Qué le harán a Assuntina? Ella no sabía nada. -¿Cuándo lo supo, antes o después de casaros? -Lo supo antes. -Y aun así se casó contigo. -Me dijo: lo pagaremos juntos durante toda la vida». Ingravallo sólo se lleva a Diomede. Assuntina corre, gritando, tras el coche, hasta quedar envuelta por el polvo que levanta el vehículo.

REPARTO

Ciccio Ingravallo, comisario	Pietro Germi
Assuntina Giacobacci, criada	Claudia Cardinale
Virginia, criada loca.....	Cristina Gaioni
Liliana Banducci, la asesinada	Eleonora Rossi-Drago
Remo Banducci, el marido	Claudio Gora
Valdarena, el primo	Franco Fabrizi
Saro, sargento	Saro Urzì
Diomede, novio de Assuntina	Nino Castelnuovo
Oreste, policía	Silla Bettini
Anzaloni, vecino robado	Ildebrando Santafe
Párroco	Rosolino Rua
Enea Retalli, corredor y ladrón	Gianni Musy
Camilla, prostituta	Loretta Capitoli
Hermana de Camilla	Nanda de Santis

LA CHIAVE È LA CHIAVE

Un maldito embrollo es la adaptación al cine de la novela *Quer pasticciaccio brutto de via Merulana*, escrita por Carlo Emilio Gadda (Milán, 1893-Roma, 1973) y publicada en 1957.

Cuenta el intrincado seguimiento y resolución por parte de la policía de dos delitos cometidos en la misma vivienda en el plazo de una semana. El comisario Ingravallo sospecha que ambos hechos están relacionados, y acierta, ya que el robo en casa de Anzaloni sugirió a Diomede la idea de robar a los Banducci. Pero, por una rara casualidad, hay otra conexión más tangible: el ladrón de Anzaloni es novio de una cliente del primo de la asesinada. A los ojos del comisario, la cadena formada por estos eslabones parece tan sólida que le oculta la verdadera trama.

En realidad, los delitos cometidos en vía Merulana no son nada embrollados y deberían haber sido resueltos de forma rutinaria. El 1 de octubre, Enea Retalli, un ladrón de poca monta, asalta la casa del señor Anzaloni, llevándose algunas joyas entre ellas un anillo que regala a su novia, una prostituta. La falta de discreción de la chica pone a los carabinieri tras la pista de la joya. Identificado el anillo, la policía procede a la detención de Enea. Caso resuelto. En el mismo edificio vive Liliana, cuya criada tiene un novio golfo a quien el robo inspira la idea de hacer otro tanto en casa de la señora. Con esa intención, Diomede coge la llave de su novia, hace una copia y se cuela en la casa aprovechando la ausencia de Liliana, pero ésta regresa de un modo prematuro y el intruso, al verse descubierto, la mata. También bastante usual: la criada, el novio.

El maldito embrollo lo forma el propio Ingravallo al encadenar varias deducciones equivocadas. La primera, culpar del robo a Diomede y su novia, injusticia que se desmonta a las pocas horas cuando el chico presenta su coartada. Este error policial tiene como consecuencia impulsar a Diomede a robar en casa de Liliana, creyendo que no lo detendrán por segunda vez. Y así es. El remordimiento de haber acusado a un inocente impide al comisario pensar en él como autor del asesinato. Dejándose llevar por sus sentimientos personales, Ingravallo no sólo exonera al verdadero culpable, sino que se ensaña con los hombres que rodean a Liliana, cuya conducta encuentra repelente. Su obcecación es tal que, durante la confesión de Banducci, se lía con las fechas de un modo inconcebible. Cuando Banducci menciona el mes de octubre (de algún año anterior), Ingravallo lo confunde con el octubre actual, algo absolutamente disparatado. Repasemos la confesión:

«Ya no me acuerdo de cómo era Virginia cuando vino a nuestra casa a servir. Apenas tendría quince años, era sólo una niña. Mi mujer tenía la costumbre de acoger a muchachas adolescentes en casa. Virginia había estado con las monjas hasta entonces. Unos meses después, mi mujer se fue de veraneo y se la llevó con ella. Un día, vuelvo a casa. Era una tarde de septiembre... La vi a ella, a Virginia. Mi mujer la había mandado antes para recoger un poco la casa. Llevaba una bata de mi mujer, su carmín, su perfume. En esos tres meses se había transformado. Era toda una mujer [Banducci la poseyó]. Desde aquel día empezó para mí el infierno. Se atrevía a rozarme con caricias furtivas en la mesa, delante de mi mujer, en el pasillo, con mi mujer en la habitación de al lado, en cualquier momento podía aparecer.»

Decidida a convertirse en la señora Banducci, Virginia enviaba a Liliana cartas anónimas en las que denunciaba el adulterio y pedía a la Virgen la muerte de su rival. «Liliana sufría en silencio. Una noche, a finales de octubre, me levanté muy despacio y fui al cuarto de Virginia decidido a zanjarlo todo. Te estaba esperando, me dijo. Me entró como una especie de vértigo. Y, de pronto, se abrió la puerta y apareció Liliana.»

En este punto, Ingravallo interrumpe el relato para puntualizar: «Esto ocurrió a primeros de octubre y el testamento fue modificado el 6 del mismo mes». Da la impresión de que la coincidencia en el mes hace pensar a Ingravallo que Liliana modificó el testamento como consecuencia de haber descubierto a los adúlteros. Pero entre ambos hechos tuvo que transcurrir, cuando menos, un año, tiempo necesario para que Liliana se encariñase con Assuntina, la criada contratada después de echar a Virginia. Además, Banducci ha dicho que Liliana descubrió a los adúlteros a últimos de octubre, no a primeros. Y, aun así, nadie en la sala, ni siquiera Banducci, corrige a Ingravallo. Una de dos: o se liaron los guionistas (demasiados cocineros estropean el cocido) o se lió el responsable de la versión española. Lo cierto es que todo cuadra suprimiendo esa intervención desafortunada.

Conclusión del relato: al día siguiente de ser descubierto su adulterio, Banducci instaló a Virginia en una casa de citas. Incapaz de cortar la relación, cada domingo la llevaba a un cottage. Hasta que la insania de la chica lo llevó a plantear la ruptura. Esto sucedió días antes del asesinato de Liliana. La chica amenazó con matar al matrimonio y luego matarse ella, de ahí el desmayo de Banducci ante el cadáver de su mujer y su miedo a entrar en la casa.

Aclarado que Banducci nada tuvo que ver con el asesinato, no estará de más repasar los hechos tal como sucedieron. Después de la expulsión de Virginia, su puesto no tarda en ser ocupado. La triste Liliana y la dulce Assuntina se encariñan. La criada le presenta a su novio y la señora propicia el matrimonio de los jóvenes, haciéndose cargo del ajuar. Entonces llega el octubre fatídico, cuando el robo en casa de Anzaloni da un giro trágico a los acontecimientos. La policía, al sospechar injustamente de Diomede, lo pone en el camino de llevar a cabo una acción similar a aquélla de la que se le acusa. El chico extrae del bolso de su novia la llave de los Banducci y, aprovechando que Assuntina ha ido a comprar los anillos, entra en la casa. Liliana se presenta de improviso, Diomede no sabe reaccionar y la mata.

Hay en toda la trama un uso inteligente del equívoco, rematado con ese oportuno juego verbal: la llave es la clave (la chiave è la chiave). Equívocos son los desmayos de Assunta y Remo ante el cadáver de la mujer asesinada, achacados ambos a la impresión producida por la pérdida, cuando ninguno de los dos piensa en Liliana, sino en sus amantes respectivos: Assuntina se desmaya convencida de que el asesino es Diomede; Remo, porque cree que la asesina es Virginia.

En cuanto al personaje central, Ingravallo es un romántico, un perdedor. Su perfil sentimental es tan embarullado como cualquiera de los casos que resuelve. Quisiera ser el esposo fiel de Liliana y el padre protector de Assuntina, pero ni siquiera cubre las necesidades amorosas de Paola, su amante. Su oficio lo ha convertido en alguien para quien asomarse a la vida «es como en el campo, cuando levantas una piedra y encuentras gusanos». En un buen profesional, en él se da esa rara mezcla de intuición y fortuna que define al sabueso competente: la visión del

cuentakilómetros mientras piensa en una cita induce en su cerebro la asociación distancia-amante (deducción sólo acertada si el sospechoso ha llevado a su chica al mismo lugar al que el policía llevó a la suya, pero eso es algo que puede suceder). Sus maneras lo diferencian de sus esbirros. Mientras ellos disturban con su presencia el normal discurrir de una marcha, una casa, un restaurante, él encaja en el refinado salón de Liliana; mientras la rudeza de sus agentes se ve humillada y puesta en evidencia por el sarcasmo del carnicero o la sutil elegancia del cantor, el buen hacer de Ingravallo es elogiado incluso por el carabiniere: «Buena gente. Ni siquiera parece un policía».

Sin embargo, el punto de mira del relato no es tanto el del criminalista (Ingravallo) como el del sociólogo (Gadda-Germi). El entierro de Liliana, la lectura del testamento, la clínica ilegal, la marcha pedestre, el acoso de Virginia, el temor de Remo, su pasado fascista, el chantaje de Valdarena, el cottage de Verbania y tantos otros elementos dicen que al autor le interesan menos los crímenes, vulgares, como ya se dijo, que la conducta de sus paisanos. Por eso, *Un maldito embrollo* tiene más interés como fresco social que como policíaco.

En resumen, película con una ambientación magistral y unos personajes y situaciones siempre interesantes. Todas las apariciones de Claudia Cardinale (excepto la lectura del testamento) se subrayan con la canción "Sinnò me moro", composición de Carlo Rustichelli, cantada por su hija, Alida Chelli.